

José Luis Gómez López-Egea

RECUERDOS DE UN JOVEN SOÑADOR



AUSTRAL
INFINITA

A mis padres

A todos los que me han ayudado, corregido y enseñado

Mi niñez en boca ajena



1935. Salamanca. De paseo con mi madre.

Quiero presentarme ya mismo, no como soy ahora, sino como cuando era un niño.

Y necesariamente debo empezar, no por mis propios recuerdos, sino por lo que escuché después, repetidamente, de boca de tanta gente de mi gran familia que me quería. Solo citaré algunos de esos dichos, los que considero más entrañables. Fueron anécdotas sobre mí mismo, que me tenían reservadas para cuando llegara a la edad de comprenderlas y que más tarde me quedaron insertas en la memoria, casi como si fueran propias.

El 4 de febrero de 1933, nací a la luz en la calle Císcar, en la ciudad española de Valencia. Era el tercero de los que luego llegamos a ser seis hermanos.

En cuanto me pusieron en la cuna, padres, tíos, primos, hermanos se acercaban a mirarme y a tratar de inferir parecidos familiares. La curiosidad dio lugar enseguida a comentarios de lo más variopintos, pero que reflejaban asombro. De vez en cuando, alguien se animaba a conjeturar un remoto parecido con alguno de mis hermanos, padres, tíos o antepasados, pero no se lograba el consenso y las conjeturas quedaban en nada. Ese recién nacido de pelos rubios erizados, de punta, ojos azules grandes, pequeñito de tamaño y liviano de peso... ¿a quién se parecía? Mi madre era morena y de ojos negros; mi padre, de ojos pardos... Finalmente se dieron por vencidos y predominó la idea de que ¡no me parecía a nadie!

Así las cosas, a mi madre le pareció mejor que no me vieran mucho y, si alguno pretendía besarme, solo lo lograba a medias y con dificultad, pues ella me apretaba en sus brazos, escondiéndome un tanto a los ojos de los curiosos. Trataba así de evitar que se sorprendieran con tan pobre realidad y que a alguno incluso se le ocurriera acompañarla en el sentimiento...

Con mis dos hermanos mayores, nada puntual tenía en común. Sobre todo con Fernando, que me llevaba un año y medio y era la admiración de toda la familia: moreno, grande, guapo, simpático, paciente y elocuente. Yo, en cambio, era llorón, flaco, feo e insignificante. El día y la noche. Temperamentos también incompatibles: a mí no me preocupaba mi fealdad; a Fernando le satisfacían los elogios sobre su persona.

Mi madre se lució enseguida con dos detalles verdaderamente maternos.

Primero, se hizo con un mechón de pelos rubios y tiesos para guardarlos en una cajita que conservó junto a sus joyas el resto de su vida. Decía que eran un consuelo: tenían un sorprendente parecido a su propia cabellera, en la tiesura, aunque no en el color.

Segundo, me puso una medalla de oro con la advocación de San José, en recuerdo de mi abuela. La conservé durante casi toda mi vida.

La familia de mi madre era muy numerosa: eran nueve hermanos. Cuando yo vine al mundo, mi abuelo ya había muerto, a consecuencia del tabaco, pero aún vivía mi abuela. Se llamaba María Josefa Martínez-Carrasco y exigía que toda su familia la llamase “Mamá Pepa”, porque no le gustaba que le dijeran “abuela”. A mí me pusieron José en su honor.

Cuando mi madre me hablaba de ella, me contaba que yo había nacido en su casa de la calle Císcar.

Yo lloraba y gritaba muchísimo en mis primeros meses de vida. Y mi llanto ponía a prueba la paciencia de los grandes. Incluso la Mamá Pepa se quejaba devotamente, a menudo, exclamando con resignación:

—¡Voy a estar en la gloria y seguiré escuchando esos gritos!

Cuando empecé a entender algunas palabras y a balbucear sonidos que solo se entendían a fuerza de cariño, mis primos y primas mayores me tomaban el pelo y se burlaban de mí, instruyéndome sobre las respuestas que debía dar:

—¿Cuántos años tienes?

—*Dos.*

—¿Cómo eres?

—*Feo.*

—¿Cómo es tu boca?

—*De volante.*

—¿Cómo te llamas?

—*Pe-pe-í Go-mé-ja.*

Pero yo no tenía complejo alguno sobre mi persona. Más bien mandaba, pedía y soltaba patadas, sobre todo a mi hermano. A medida que iba creciendo, me portaba mejor con los extraños que con los de mi propia casa.

Mis padres —vuelvo atrás en el tiempo con un detalle romántico— se conocieron en un tranvía, en la ciudad de Valencia, hacia el año 1929. Como todos los encuentros románticos, el suyo fue también, en cierta forma, improbable. Ninguno de los dos era valenciano de origen.

Valencia, a ambos lados del río Turia, en la costa oriental que da al mar Mediterráneo, era entonces, por población y desarrollo, la tercera ciudad

española en orden de importancia, después de Madrid y Barcelona. Y en aquel momento preciso, un importante punto de atracción para la pequeña burguesía rural de las regiones cercanas que buscaba adaptarse a la modernidad y beneficiarse de los adelantos que la vida urbana ofrecía.

Mi madre había nacido en Caravaca de la Cruz, un pequeño pueblo de Murcia, que queda a algo más de doscientos kilómetros por carretera de Valencia. Su padre, Fernando, mi abuelo materno, era maestro y terrateniente. Se había trasladado de Murcia a Valencia, buscando una ciudad más importante, un sitio donde hubiera universidad y donde poder casar bien a sus hijas.

Mi padre, en cambio, provenía de La Recueja, un pueblo de Albacete, a unos ciento treinta kilómetros de Valencia. Había llegado a Valencia a estudiar Agronomía, teniendo que trabajar al mismo tiempo para financiar sus estudios.

Como se ve, los orígenes de ambos eran muy homogéneos, igual que el propósito que los había llevado a trasladarse a Valencia.

Cuando mi padre le echó el ojo a mi madre, en aquel afortunado tranvía, tenía veintinueve años, y mi madre, veinticuatro. Al bajarse ella en su parada, mi padre también se bajó, y la siguió hasta ver dónde vivía. Después, con la inevitable torpeza del caso, se hizo el contradicho... En fin, resumiendo en pocas palabras una larga historia, su estrategia rindió buenos dividendos: mis padres se casaron en Valencia, el 30 de noviembre de 1929, en la iglesia de los Santos Juanes, un precioso templo gótico del siglo XIV que queda junto al Mercado Central.

Fue un matrimonio feliz. Mi padre siguió muy enamorado de mi madre hasta el día en que murió, casi cincuenta años después.

La familia de mi padre era muy pequeña. Apenas la conocí. Mi abuelo paterno, Bartolomé, murió muy joven. Y aunque mi padre iba una vez al año a Alcaraz, en Albacete, a visitar a su madre, que se llamaba María Jesús, nosotros nunca íbamos con él. Allí vivía también su única hermana, Adelaida, a la que tampoco llegué a conocer.

En cambio, conocí de cerca a todos los López-Egea, la familia de mi madre. Eran cinco mujeres y cuatro varones, que se desvivían unos por otros. Cuando la guerra nos separó de mi padre, todos ellos se ocuparon muchísimo de nosotros, y los primos éramos como hermanos.

Mi niñez en boca propia

Mis recuerdos propios comienzan cuando solo tenía tres años. Voy a contar algunos, y no al azar, porque tengo la convicción de que influyeron mucho en la formación de mi carácter.

Alegre despedida desde un balcón

Uno de mis primeros y más claros recuerdos, de cuando tenía apenas tres años de edad, es una despedida afectuosa y dramática a la vez.

Era en esa ciudad, Valencia. En la calle de Conde de Altea. Estábamos viviendo en el departamento que nos había prestado una hermana de mamá: Mercedes, mi madrina, en la zona del Ensanche, a pasos de la Gran Vía Marqués del Turia, en la esquina con Almirante Cadarso. El dormitorio principal se abría a un gran balcón.

En un instante que mi memoria puede claramente reflejar todavía, mi padre se aleja en un taxi, calle abajo, y se da vuelta para saludar, por la ventanilla de atrás, a su familia, que queda en ese balcón del cuarto piso, ofreciendo un adiós alegre.

Mi madre, María del Carmen López-Egea, de treinta y dos años, embarazada de cinco meses, me sostiene en brazos para que pueda ver por encima de la baranda y me invita a decir adiós, moviendo mi mano junto a la suya. Pegados a nosotros, mis dos hermanitos más grandes, María Jesús y Fernando, también saludan con entusiasmo alzando sus pañuelos al aire.

Serán solo unos días de ausencia.

Vemos que el taxi dobla la esquina y se dirige decididamente hacia la estación de trenes. La joven esposa cierra las grandes ventanas que dan al balcón.

No había tristeza en esa despedida. Solo alegría y esperanza, que se resumían en un “hasta luego”. Pero esa alegría esperanzada duró solo unas pocas jornadas, para convertirse luego en profunda añoranza, si no en drama.

Transcurría el mes de junio de 1936.

El Ministerio de Agricultura de la Segunda República española había destinado a Sandalio Gómez, mi padre, de treinta y siete años, a Badajoz, para trabajar allí en la Reforma Agraria, un proyecto de redistribución de tierras que va moviéndose con dificultad. Y él está yendo, como adelantado, a aquella ciudad tan alejada de Valencia, con el fin de preparar la llegada del resto de la familia. Su objetivo es encontrar una casa para alquilar y, de este modo, volver a reunir a todos en Badajoz, de nuevo, bajo un mismo techo.

Al cabo de un par de meses, comencé a no entender por qué no veía a mi padre. Me di cuenta, de a poco, de que aquel momento, en apariencia normal, se convertía en un tiempo conflictivo. Empecé a oír y oler el chispear de la mecha encendida que se consumía a toda velocidad buscando su barril de pólvora. Porque, efectivamente, España era un polvorín y, unas semanas después, el 18 de julio de 1936, empezó la Guerra Civil. Un grupo de militares, al mando del general Franco, se alzó en armas contra el Gobierno republicano. Fue la guerra interior más grave de la historia de España.

En los primeros días de la guerra, uno de los avances más rápidos del ejército rebelde fue por el oeste. Mi padre, que acababa de llegar a Badajoz, quedó así en territorio ocupado por el ejército de Franco.

En cambio, mi madre, con sus tres hijos y uno por llegar, quedó en Valencia. Ciudad que pasó a ser, con el tiempo, capital de la República, debido al avance de las tropas franquistas hacia Madrid.

Desde el cielo de verano empezaron a llover bombas. Al recordarla, la despedida alegre se iba convirtiendo en un mar de lágrimas.

Pronto se hizo evidente la gravedad de la situación. La familia había sido seccionada y separada. La guerra se interponía, como una barrera infranqueable, entre mis padres. Y era imposible pasar de un bando a otro sin exponerse a muy serios peligros.



1936. Mapa de España que representa las dos zonas en las que ha quedado dividida España, cuando el ejército de Franco llega a las puertas de Madrid. El padre de José Luis, en Badajoz, ha quedado aislado del resto de la familia que permanece en Valencia. (Agencia EFE Documento 8132841)

Por eso, desde entonces, mis memorias de infancia y de guerra tienen como gran ausente a mi padre y, como gran protagonista, a mi madre.

Recordar es, como dice Scott Fitzgerald, remar contra corriente hacia el pasado. Desde un punto de vista narrativo, mi vida consciente comienza en ese balcón valenciano.

El departamento donde vivíamos en 1936 pertenecía a Mercedes, una hermana de mi madre, poco mayor que ella. Mercedes era mi madrina y la más linda de mis tías. Se había casado con un ciudadano danés, Bernardo Asmussen, que trabajaba en una empresa exportadora de arroz, en Valencia.

En 1936, al husmear la que se venía en España en esos tumultuosos días, Bernardo y Mercedes habían decidido que era más seguro poner pies en polvorosa y se trasladaron a Dinamarca por una temporada, dejando su casa a nuestra disposición.

Mi padre venía de un destino anterior en Salamanca y habíamos vuelto a Valencia a la espera del siguiente nombramiento. Por eso el

comienzo de la guerra nos agarró viviendo en el departamento de los Asmussen, que estaba desocupado. Y por eso es allí donde mis primeros recuerdos tienen su asiento.

El balcón de tía Mercedes durante la guerra

Del balcón de Mercedes me emocionan todavía algunos otros fuertes recuerdos, inolvidables y personales. Ya iniciada la guerra —no puedo precisar exactamente cuándo—, el ejército nacionalista de Franco empezó a atacar Valencia desde el aire, por medio de aviones caza y bombarderos. El objetivo eran enclaves militares estratégicos, y no la población civil, pero la precisión de los ataques era poca y siempre existía peligro de muerte.

A la noche, era un espectáculo bastante habitual que se encendieran los reflectores antiaéreos del ejército republicano, buscando aviones enemigos en el cielo, y que se observaran, muy claros y cercanos, desde el balcón.

A veces, cuando en noches de alarma aérea me portaba mal y mi madre quería calmarme y conseguir que me durmiera, abría el ventanal que daba al balcón y me aproximaba a él.

A renglón seguido, me arengaba:

—Mira los reflectores: ¡están buscando los aviones de los fascistas que vienen a bombardear!

En forma inmediata, conseguía el pretendido efecto, pues aquello me impresionaba tanto que me hacía huir hacia mi cama y me dormía enseguida. Supongo que los pilotos alemanes e italianos no sospechaban nada de esto.

Claro que no todo eran noches de bombardeos. Hasta en lo peor de una guerra, las almas buenas tienen pequeños momentos para mirar el cielo de otra manera.

En esas noches, cuando ya nos había acostado a los tres hermanos y refrescaba un poco, a mi madre le gustaba salir al balcón a mirar el cielo, a descansar de sus muchos trabajos y, seguramente, a pensar en las cosas de la familia y en mi padre, que —allá lejos— miraría también el mismo cielo pensando en ella.

Desde mi camita, colocada en el mismo ambiente que mi madre, la veía en los días de verano, con frecuencia asomada al balcón. Y yo

contemplaba admirado su figura recortada contra el fondo de un cielo nocturno estrellado. La visión de mi madre, y la suya del cielo, parecían juntarse, y se veían favorecidas por el apagón universal de aquellos tiempos de guerra, en los que encender una pequeña vela habría sido darle pistas al enemigo. La oscuridad era tal que las estrellas casi entraban en nuestro dormitorio. Hacían de telón de fondo al rostro pensativo de mi madre, que me iluminaba como si fuera una estrella mayor, acompañada por otras muchas, que intentaban alojarse junto al balcón.

Me imaginaba que si las estrellas no se animaban a traspasar el marco del ventanal, alguna vez podría yo mismo invitarlas a entrar.

Ese fue el gran misterio que me conmovía, el gran interrogante que me daba vueltas en la cabeza, en el verano de 1936: que las estrellas, en vez de estar allá lejos en el cielo, me estarían hablando a la vez que mi madre, desde ese mismo balcón, formando parte esencial de nuestro inventario doméstico.

Puede verse que no faltaban, en medio del horror de la guerra, los momentos de poética contemplación.

Cae una bomba a cien metros de nuestra esquina

Un día, a un cazabombardero de los nacionales se le cayó una bomba sobre un edificio, muy cerca de donde vivíamos nosotros. Y lo destruyó por completo. Me acuerdo de haber salido a la calle, con mis hermanos, y ver ese espectáculo horrible, esa destrucción.

Aquella bomba perfectamente podría haber caído sobre nuestro edificio.

Por eso, había que estar muy atento a las señales. Al ruido sordo y lejano de los grandes aviones alemanes e italianos del ejército de Franco, que se acercaban, sobre todo en la oscuridad; y a las sirenas de defensa civil que indicaban que había que buscar un refugio seguro. Las sirenas eran frecuentes, de noche y de día. La gente se arremolinaba para descender a los refugios subterráneos.

Una hermana mayor de mi madre, Cruz, había comprado también un departamento en el mismo edificio donde estaba el de Mercedes, solo que en el segundo piso. Cuando sonaban las sirenas, anunciando algún ataque aéreo durante el día, solíamos bajar al departamento de Cruz, que,

por estar a menor altura, era más seguro. Pero esas bajadas relámpago no las entendía, ni me fascinaban. Si ocurrían durante la cena, prefería quedarme arriba terminando de comer un huevo frito.

Me daba un poco de fastidio ver el miedo de mis hermanos ante ese rumor de las sirenas, al que yo estaba acostumbrado, y que finalmente cedía, como cualquier otra amenaza.

Cuando las sirenas se oían estando en la calle, me extrañaba ver los gestos de preocupación en la cara de los mayores, mientras mi dirección era mi propio hogar, en donde reinaba la calma. No gozaba de la capacidad de asustarme en serio.

La hambruna

Pero los horrores ahí estaban. Las muertes, absurdas. Centenares de miles de muertes. Y, cerniéndose sobre todo como una amenaza... el hambre.

No hay memorias ni recuerdos de guerra en los que no esté presente el hambre. El hambre, en la actualidad de ese momento, por un lado; por el otro, la perspectiva de un futuro peor. Mamá, al mirar a sus hijos y no poder hacer nada para remediarlo, confiaba, sin embargo, en la Providencia.

Pero también empezó a pensar en cómo ayudar a la Providencia. Su carácter la ayudó a desafiar esa inseguridad, a pensar en soluciones. En Badajoz se conseguía pan de trigo. En Valencia, racionamiento y colas.

Me introduzco debajo de un triciclo

A pesar de todos los riesgos y peligros que dejo dichos, mi vida bien pudo terminar, en esos días, no por bombas o por hambre, ni por una bala perdida, sino por un accidente doméstico, más propio de tiempos de paz.

A pesar de ser tan pequeños y a pesar de la guerra, mi madre nos dejaba jugar, a mis hermanos y a mí, en la calle, en compañía de otros chicos del vecindario, durante el día y en horarios “seguros”. Solo que el juego se terminaba a veces, no por un timbre escolar que indicaba el final del recreo, sino por una sirena que anunciaba la cercanía de un avión cargado de bombas.

Un día, como parte de algún juego cuyo propósito hoy no puedo recordar, cruzábamos la calle corriendo en fila. Yo, que era el más chico, iba en la cola, último y rezagado. Y crucé la calle sin mirar, ni a derecha ni a izquierda, y vine a dar con toda la fuerza de mi pequeño cuerpo contra el triciclo de un repartidor. ¡Me lo llevé por delante! El pobre hombre no tuvo la culpa. Y yo pagué las mías y mi atolondramiento infantil con un corte bastante grande en la cabeza.

Se arremolinó la gente y todos estaban impresionados porque yo era muy pequeño y mi herida sangraba muchísimo. Al principio se pensó en algo de gravedad.

Pero entonces quiso la Providencia que estuviera llegando a casa mi futuro tío Samuel Simó, que era el novio de mi tía Rosarito y venía a visitarla —y que era católico, a pesar de su nombre de sonoridad y reminiscencias judías—.

Lo relevante, en este caso, es que Samuel era médico y se hizo cargo de la situación. Me subió a un auto y me llevó inmediatamente a un local de la Asistencia Pública, donde me examinaron la herida y tuvieron que ponerme ¡siete puntos! Pero eso fue todo.

Tuve suerte de principiante en mi primer accidente. Pudo haber resultado mucho peor.

Con el tiempo, Samuel y Rosarito se casaron. Samuel, como era inevitable, se convirtió en mi médico de cabecera y llegó a conocerme bastante. Una vez al año, cuando yo caía enfermo con anginas, me decía:

—Si te receto pastillas, vas a estar tres días en cama; y si no te las receto, vas a estar tres días también. Así que... ¡no te las receto!

Samuel estableció consultorio como médico en Museros, un pueblo cercano a Valencia. Un verano, cuando ya residíamos en Ciudad Real, le pidieron a mi madre permiso para llevarme con ellos; y es que yo, en casa ajena, era muy tranquilo: donde hacía lío era en la mía. Alguna vez me mandaron solo a Valencia en tren, ida y vuelta. En la estación me esperaba mi tía Mercedes.

Pero esto es adelantarme mucho en el tiempo.